



Excmo. y Rvdmo. Mons. Elias Chacour  
Arzobispo de Galilea de los Melkitas

Muchas gracias, Señora Presidenta.

Con lo amables que fueron al invitarme, hubiera sido muy difícil negarme a asistir a este seminario y por eso dije inmediatamente que vendría a Madrid y confieso que es un gran placer estar aquí.

Excelencias, Señoras y Señores,

Para mí es un honor estar aquí con ustedes, es un privilegio poder compartir este Seminario y contribuir a reflexionar sobre este tema. Sin embargo, no me considero competente para hablar sobre la aportación de la religión (si hay algo que se llama *religión*) a la paz en el mundo, porque viviendo en un país donde hay al menos tres religiones principales, un país que tiene el mensaje de las religiones monoteístas, hemos aprendido que es muy complejo. Cuando los periodistas que vienen a visitarnos durante una semana, vuelven a casa, escriben libros sobre la solución del conflicto en Oriente Medio; los que se quedan dos o tres meses, tienen el empuje de escribir un artículo en un periódico de segunda; y nosotros que vivimos allí inmersos en el conflicto y en la búsqueda de esperanza, a penas tenemos nada que decir, estamos demasiado ocupados (cristianos, musulmanes, judíos y drusos) viviendo juntos la religión en la vida cotidiana.

No voy a hablar sobre la aportación de la religión, voy a hablar de mi propia religión y lo haré desde un punto de vista muy concreto, me presentaré para que al mismo tiempo, puedan ver la complejidad de la situación y la esperanza inherente a esa complejidad, que debería dejar de ser algo contradictorio para ser complementario.

Soy palestino, y no tengo bombas, nunca he necesitado bombas. Soy palestino árabe. Mi idioma materno es una lengua muy fácil. ¿Por qué se ríen?, ¿no me creen?, es verdad. Les invito a visitar nuestras guarderías y verán como allí hasta los niños hablan árabe. Si puede un niño, ¡ustedes también! El problema está en que no tienen verdadero interés en utilizar esta herramienta, el árabe, para comunicarse y sin embargo, es un medio de comunicación de una gran belleza, ¡el más bonito para los discursos! Si hablara en árabe estarían todos asombrados porque no entenderían nada.

Además de árabe palestino, soy cristiano árabe palestino; esto quizá pueda complicar la situación, porque de acuerdo con la opinión pública, (quizá con menor intensidad en España que en otros países occidentales) un palestino tiene que ser musulmán y un musulmán es un ser humano sediento de violencia y al que hay que temer. Sin embargo, aquí tienen una persona que dice ser palestino, árabe y cristiano.

En realidad no es verdad, porque no nací cristiano, (le doy gracias a Dios por eso). No sé cómo ocurrió en el caso de los cristianos presentes. ¿Nacieron cristianos?, o ¿les sucedió como a nosotros? Yo nací bebé. Un bebé a imagen y semejanza de Dios Todopoderoso. Me hice cristiano hace 2008 años, quizá un poco menos, y mis antepasados, eran a los que llaman “discípulos”. Algunos de ellos eran judíos y lo digo sin un orgullo, ni vergüenza especial, lo digo porque los judíos también son seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios Todopoderoso. El día de Pentecostés, estaban presentes antepasados míos, griegos, otros romanos, algunos de los apóstoles eran árabes, (lo siento pero no había españoles). Ésta fue la primera comunidad cristiana que se formó y que se propagó por todo el mundo. Llegaron a España predicando una

realidad; que creyeran en esta nueva forma de vida, la de Jesús de Nazaret, que ya no había ningún privilegio.

Me hubiera gustado que hace 60 años algún líder cristiano hubiera dicho que no podía haber privilegios para los alemanes contra de los judíos. Y hoy busco la persona que tenga el carisma y la valentía de decir que no debe haber privilegios para los judíos frente a los palestinos.

Cristiano, palestino, árabe y además, soy ciudadano del Estado de Israel. Esto no facilita las cosas, al contrario, las complica bastante. Este hecho genera un problema cotidiano a nuestros jóvenes cristianos en Israel que se preguntan: ¿quiénes son en realidad?

E intento contestar quién soy yo. En primer lugar, ¿un ciudadano israelí? No creo, porque soy mayor que el Estado de Israel. Tengo 68 años e Israel sólo 60. No emigré a Israel cuando era joven, si no que Israel fue creado en mi país, cuando yo ya vivía ahí.

La primera imagen que tengo de los judíos es de 1948. La recibí de un campesino que había ido al colegio sólo 4 años, mi padre. Él nos reunió y dijo: -Niños, dentro de unos días vamos a ver cosas extrañas, soldados judíos con armas, pero que no matan. Son los supervivientes que escaparon de las manos de un diablo, Satán –le llamé- de Hitler, que trató de aniquilarlos y que, gracias a Dios, algunos escaparon y llegaron a nuestro país. Mi padre decía que teníamos que demostrarles de alguna manera que eran bienvenidos, -Porque son nuestros hermanos de sangre. No olvidéis, niños, que los judíos y nosotros deberíamos estar orgullosos de ser los descendientes de un ciudadano iraquí, llamado Abrahán.-

Y mi padre acogió a los judíos, les ofreció un banquete de bienvenida. Llegaron y no mataron a nadie. Les abrimos nuestras casas, les cedimos nuestras habitaciones. Nosotros dormíamos en el tejado, que nos gustaba mucho porque podíamos pasar la noche contando estrellas y no terminar nunca.

Diez días después, el oficial al cargo, que se llamaba Nanu, ordenó que las familias de mi pueblo se reunieran para comunicarles que debían abandonar el pueblo durante dos semanas, con la promesa de que a partir de ese tiempo podrían volver. No discutieron. Nos fuimos todos. Recuerdo muy bien la tarde que nos fuimos. Durante dos semanas estuvimos viviendo bajo nuestros queridos árboles; olivos, almendros e higueras. Fueron unos días preciosos. Era divertido, pero no se podía vivir así. Transcurridas las dos semanas, los padres de familia de mi pueblo, incluido mi padre, se reunieron y regresaron para hablar con el Oficial. Fueron pero nunca regresaron. Los metieron en camiones militares y los llevaron a lo que hoy es la ciudad de Nablus. Cruzaron la frontera y esta tierra ya nunca más fue su país.

Ahí empezó un recorrido de sufrimiento. Su *via dolorosa*. Cruzaron el río Jordán, llegaron a Amman en Jordania, a Damasco (Siria), de ahí a Beirut (Líbano) donde quedaron bloqueados con cientos de miles de palestinos. Se creó en este momento, el mayor problema de la humanidad, el de los refugiados palestinos. Muy pocos palestinos volvieron a infiltrarse en el nuevo Estado de Israel por la frontera del Líbano. Mi padre fue uno de ellos. Así supimos lo que les había ocurrido.

Nosotros no habíamos podido volver a nuestro pueblo porque nos lo prohibieron los militares israelíes. Encontramos una aldea abandonada cercana, llamada Gish. Así nos convertimos en deportados, en refugiados en nuestro propio país. Mi padre nunca nos alentó a vengarnos de los judíos, a saldar las cuentas. Nunca quiso compensaciones, lo único que quería era regresar a su casa familiar, a Bir'am, porque había pertenecido a la familia desde mediados del siglo XVI. Si hubiéramos sabido que los judíos iban a echarnos, no hubiéramos estado ahí, nos hubiéramos ido.

Mi padre murió en 1992 en Haifa, sin casa propia. Murió en un camastro en casa de uno de mis hermanos. Llevamos su cuerpo a Bir'am, a nuestro cementerio, donde no se nos permite volver

vivos. Mi padre volvió muerto. Quizás un día, las tornas cambien, entonces si un judío viniera a pedirme hospitalidad, yo se la daré.

Ésta es la historia del pueblo donde viví, un pueblo cristiano maronita, de mi familia melkita católica. Por eso fui bautizado en una iglesia maronita, no en una iglesia melkita católica. (No cuenten esto en mi casa).

Queridos amigos, he aprendido que mi compatriota (así es como llamamos a Jesucristo, el pequeño rabino de Nazaret) nunca dijo a sus discípulos que se quedaran sentados si estaban hambrientos o sedientos de justicia.

Sé lo que hizo mi padre en su camino de Amman a Damasco y a Beirut y hasta que llegó a su casa. Trataba de encontrar bajo tierra, lombrices y raíces frescas para poder sobrevivir y poder reunirse con su mujer y sus hijos, a los que había dejado. Esto es hambre y sed de justicia.

A propósito, del sermón de la montaña, según san Mateo (no voy a enseñarles nada nuevo) hay dos textos, uno dice: "Ashri min osher ba osher" y otro: "Tobahum min tuv ve hon". No dicen "benditos", sino los dos "levántate, venga, haz algo, estírate, decide cuál será tu destino y sigue ese camino para alcanzarlo".

Es muy duro tener hambre y sed de justicia, mucho más con un problema de paz. Si quieres ser un constructor de paz, no puedes ser un pacificador contemplativo, tienes que remangarte, mancharte las manos. Para sentar las bases de la paz y de la justicia. Si se quiere paz y seguridad, tienes que perseguir la justicia y la integridad, y no hay otra forma de hacerlo. Es tan sencillo que ésta es la única forma de alcanzar la paz y la seguridad. La injusticia no significa justicia para los oprimidos y los pobres, sino que tiene que ser para todos, para los poderosos y para los pobres.

Creo que la providencia divina me ha preparado el camino para que me hiciera sacerdote, porque sabía que ésta sería la mejor forma de servir a mi pueblo y la mejor forma de contribuir a la construcción de la paz y de la justicia. Me ordené sacerdote en 1965, en Nazaret. Poco después mi Obispo me dijo que fuera a un pueblo llamado Ibillin y que esperara destino allí, durante un mes. Por aquel entonces no sabía que los Obispos tienen muy poca memoria. Estuve esperando destino durante 38 años. Ahora sé lo desmemoriados que son porque yo también soy arzobispo.

Durante este tiempo he aprendido que los palestinos de Israel son una comunidad muy amplia, 1.200.000 palestinos, que han conseguido, a pesar de las importantes dificultades en las que viven desde 1948, permanecer en los alrededores, o en sus mismos pueblos y ciudades. A lo largo de este tiempo han adquirido la ciudadanía israelí, no una ciudadanía de primera categoría, sino de segunda, pero es mejor que ser apátrida. Hoy seguimos luchando, no solos, con nuestros amigos judíos, para cambiar ese statuts de ciudadanía de segunda o de tercera, para que el país vuelva a servir a todos los ciudadanos por igual. Para que el Estado defienda los mismos derechos y los mismos deberes para todos. Estamos progresando, pero muy, muy lentamente, a la velocidad del caracol, pero avanzamos.

En este momento quiero presentarles la comunidad árabe en Israel. Somos un 1.200.000 palestinos, ciudadanos de Israel. Espero que lleguen a la conclusión que sin importar los contratiempos que tengamos, hemos desarrollado unas relaciones excelentes con muchos judíos. No con los judíos, en general, si no con personas judías, hombres y mujeres. No con esa entidad abstracta que realmente no existe.

Entre esos 1.200.000 palestinos árabes ciudadanos israelíes (nos conocen con esta denominación tan compleja) sigue habiendo una minoría cristiana de 147.000 cristianos palestinos ciudadanos de Israel. Esta cifra no es precisa; otros dirán que son 137.000, otros 150.000, depende. Cuando hablo con Su Beatitud el Patriarca latino y le digo que he visto en las

estadísticas del Primer Ministro israelí que la comunidad latina es de 13.000 cristianos, me dice que está sobrevalorada, que en realidad somos 10.500 católicos romanos en Israel.

La comunidad más numerosa es la católico melkita, mi comunidad, que tiene 76.000 cristianos; la segunda más numerosa es la ortodoxa griega, (ninguno de ellos es griego, ¿cuántos serán ortodoxos?) son 40.000 aproximadamente, y por último, nuestros hermanos de la Iglesia católica romana, la Iglesia latina, que son los terceros más numerosos, y por último, los maronitas del Líbano. Llegaron unos 7.000, cuando estalló la guerra. Hoy la mayor parte ha emigrado, quedan 1.700 maronitas aproximadamente, viviendo en Israel como refugiados. Viven como los palestinos en el Líbano, es decir, marginados, como refugiados. Rezamos por ellos para que puedan volver con garantías de seguridad. No tienen iglesias, así que les dejo las mías, ¿por qué no?

Los cristianos de Israel se distinguen por su actitud de no querer vivir en el pasado. Desde la Iglesia les animamos, porque la única presencia del pasado está en la memoria y no queremos quedarnos bloqueados en el pasado. Tampoco queremos que vivan en la utopía del futuro, porque ésta todavía no ha llegado. Los cristianos intentamos ser una voz de la moderación, que es la posición más difícil de mantener.

Durante la guerra del Líbano, diez personas de mi comunidad fueron asesinadas. Insistí en organizar un funeral por todos ellos en sus pueblos. En el funeral de uno de ellos, de un anciano, un ministro de Israel entró en la iglesia para darnos el pésame. Vino con sus guardaespaldas, 4 fornidos soldados, le rodeaban y se sentó en el primer banco. Yo estaba allí, revestido con las magníficas vestimentas bizantinas, mirando a aquel ministro rodeado de cuatro soldados y no podía empezar a rezar. Miré al ministro, le di la bienvenida en hebreo y le dije que había un conflicto en la iglesia, que no podíamos empezar las oraciones. –Tiene guardaespaldas y los respetamos, pero nosotros no. Tendría que proporcionarnos guardaespaldas a nosotros también. Nuestro guardaespaldas no “encaja” con el suyo. O el nuestro, o el suyo. Sus guardaespaldas son estos cuatro soldados. Nuestro guardaespaldas es el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob. Elija entre los dos. Si elige sus guardaespaldas, le invito a que se marche-. El ministro no lo dudó y dijo a los soldados que esperaran fuera, y dejamos que Dios fuese nuestro guardaespaldas.

Durante la homilía, oíamos los misiles Katiuska que venían desde el Líbano y los misiles israelíes dirigidos hacia el Líbano sobrevolaban nuestras cabezas. Dije a las 700 personas que asistían: -Todo el mundo está mirando a la Iglesia, esperando que se decante por un bando: ¿Hezbollah?, ¿Israel?, ¿Hamás?- Y les dije solemnemente que la Iglesia nunca se pondría del lado de uno de ellos. No competiría por ver quién mata más, quien destroza más. Si de todas maneras quieren matar, por favor, mátennos, no tenemos que perdonaros, ya estáis perdonados. Si nuestra muerte puede servir para la reconciliación con Israel, con los palestinos, con los libaneses, ¡por el amor de Dios, que nos maten y que llegue la paz!

Los asistentes olvidaron que estábamos en un funeral y empezaron a aplaudir. Ésta es la mentalidad de la mayoría de los cristianos en Israel, en Tierra Santa. Queremos ser la voz de la moderación. Queremos mantener las mejores relaciones con la autoridad israelí y con el pueblo de Israel, entre los que contamos con amigos muy queridos. A mi mesa se sientan muchos judíos, que no vienen a pedir, ni a dominar, vienen como amigos, a compartir la comida. Cuando tengo un judío religioso, un rabino, a la mesa, preparo comida *kocher* y le pido que haga su oración al principio del almuerzo y yo la hago al final, simplemente porque los judíos tienen una frase para bendecir los alimentos y horas de rezos al terminar la comida, y no quiero que eso suceda. ¡Y nos va muy bien!

Estamos intentando que las contradicciones entre los calificativos: palestino, árabe, cristiano, ciudadano de Israel, no sean una contradicción, haciendo que sean complementarias, que signifiquen unidad dentro de la diversidad, respetando la diversidad y promocionando una común unidad. Esto no debería ser complicado en un país con tantos riesgos, con tantas preguntas, tener una visión única sobre el futuro. Pero es difícil aprender a respetar la diversidad. En Israel, ni siquiera la comunidad judía está unida; no me digan que los judíos asquenazíes están de acuerdo

con los judíos etíopes, con los judíos que viene de Rusia y que no son un elemento fácil de tratar en Israel, porque tienen otra mentalidad. La consolidación del crisol cultural todavía no se ha conseguido.

Y en lo que respecta a los árabes, ¿qué somos?, ¿somos palestinos? Votamos por Israel, pero no podemos permanecer impasibles cuando un día se mata a 60 personas en Gaza. Sin importar cuáles sean las razones. Lloramos cuando vemos a las mujeres de Gaza, de Cisjordania, llorando por sus seres queridos, porque han sido víctimas de un ataque militar o de un error de la acción militar. Cuando nuestros amigos judíos caen víctimas de la guerra, créanme, vamos a visitarles y lloramos con ellos.

Un joven judío, profesor de mi colegio fue asesinado en el ejército, ¿cómo podríamos quedar impasibles? Y nosotros somos palestinos, cristianos, árabes y ciudadanos israelíes.

Estamos intentando una integración sin llegar a la asimilación. Con respeto por los judíos a quienes quiero y respeto, pero no quiero ser judío y los judíos no lo permitirían. No habrá asimilación, pero sí tiene que haber una integración.

No es una cuestión del reconocimiento de Israel, ¿quién no reconoce la existencia de Israel, hoy en día? Irán, bien y ¿quién más? (silencio) Eso es. Ése no es el problema. Para nosotros el problema principal son las condiciones sociopolíticas en Israel, no para los judíos, si no para las minorías que allí viven (árabes, cristianas) que se encuentran entre dos mayorías, la musulmana y la judía.

Cuando viajo a España, por ejemplo, oigo que alguna organización cristiana, católica, se limita a ayudar a los cristianos de Cisjordania. Es estupendo, pero no es suficiente, porque en Cisjordania casi no quedan cristianos, sólo 20.000 cristianos. En Galilea hay 146.000 cristianos. Cuando yo pido ayuda me dicen que soy ciudadano israelí, que me dirija a mi Gobierno. El Gobierno me dice que soy palestino, que no tiene presupuesto para mí. Así caemos en la verdadera necesidad; porque tenemos que reparar nuestras iglesias, que pagar un salario simbólico de nuestros sacerdotes, que construir y renovar las escuelas.

Monseñor Twal lo ha explicado muy bien, nuestras escuelas nunca han sido exclusivamente para católicos. La escuela que he tenido el privilegio de construir en Ibillin en 1982 empezó con 80 niños; hoy tiene 4.500 estudiantes, la mayoría musulmanes. ¿Y qué? Son como los niños judíos y los cristianos, creados a imagen y semejanza de Dios. Algunas niñas musulmanas vienen con la cabeza cubierta. Disculpeme, como se hacía hace 20 años, y nos parecía muy hermoso ¿por qué se organiza tanto lío hoy? La mayoría no se cubre su cabeza. En broma les diré que algunas niñas musulmanas han perdido la cabeza, como las niñas judías y las cristianas de esa misma edad. ¡Y nosotros tenemos que colocársela!

Tenemos 82 niños judíos. El primer día que vinieron al colegio estaba preocupado. Había sido complicado convencer a sus padres de que les mandaran al colegio. Una vez allí, temía el comportamiento de los israelíes y los palestinos, juntos en las clases, en un aula pequeña. El primer día, no les dejé entrar en clase, contratamos cuatro autobuses, y organizamos una excursión al Monte Carmelo, todos juntos. Cuando volvieron por la tarde, parecía que judíos y palestinos habían olvidado sus diferencias. Intercambiaban correos electrónicos, teléfonos, direcciones. Descubrieron que eran simplemente jóvenes, chicos y chicas y eso es lo que hay que impulsar, la educación de la joven generación.

Cuando los judíos atacaron la Basílica de la Anunciación, Ehud Olmert me llamó y me dijo que estaban en contra de ese tipo de acciones. Le di las gracias y pero le contesté que no era suficiente. -¿Qué tenemos que hacer?– preguntó. Le sugerí que formara un comité que estudiase todos los libros de texto del ciclo elemental en Israel, los judíos y los palestinos, para valorar la imagen que se enseña a los niños de los “otros”. Ésa sería una contribución esencial. Y eso es lo que hacemos en nuestras escuelas; para los niños de este colegio, Israel no es una entidad

extranjera, un enemigo, sino un país con planes, con sueños, un país con historia, con sufrimiento, con la esperanza de que todo mejore para ellos y para los demás.

He venido de Tel-Aviv para hablar con ustedes, así que permítanme que siga un poco más.

Una de las claves para la solución del conflicto palestino-israelí es la educación, la educación de las generaciones más jóvenes. De la educación de nuestros niños depende su comportamiento cuando sean mayores. Si dices a los niños que son mejores que los demás, siempre se verán mejores. Si les enseñas que “el otro” es el enemigo potencial, siempre buscarán en “el otro” al enemigo. Esto es lo peor que podemos hacer. Sin embargo, deberíamos enseñarles que “el otro” no es una amenaza oculta, sino un nuevo desafío, sea quien sea. Todo esto es la educación.

Hay otros factores también importantes en la solución del conflicto, pero no tanto como la educación.

Muchas gracias.